



Seix Barral

Enrique Vila-Matas

Exploradores del abismo

+ Una novela oblicua





Seix Barral Biblioteca Breve

Enrique Vila-Matas
Exploradores del abismo
+ Una novela oblicua

© *Exploradores del abismo*, Enrique Vila-Matas, 2007
© *Una novela oblicua*, Enrique Vila-Matas, 2019
© *La Buenaventura*, Enrique Vila-Matas, 2024
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

© Imagen del interior de *La Buenaventura*, de Julio Romero de Torres: Alamy / Album

Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 978-84-322-4899-3
Depósito legal: B. 14.083-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



CAFÉ KUBISTA

Voy pensando que un libro nace de una insatisfacción, nace de un vacío, cuyos perímetros van revelándose en el transcurso y final del trabajo. Seguramente escribirlo es llenar ese vacío. En el libro que terminé ayer, todos los personajes acaban siendo exploradores del abismo o, mejor dicho, del contenido de ese abismo. Investigan en la nada y no cesan hasta dar con uno de sus posibles contenidos, pues sin duda les disgustaría ser confundidos con nihilistas. Todos ellos han elegido, como actitud ante el mundo, asomarse al vacío. Y no hay duda de que conectan con una frase de Kafka: «Fuera de aquí, tal es mi meta».

Voy andando por Praga pensando en todo esto, voy con paso veloz, mi cuerpo levemente doblado, la cabeza un poco inclinada, ondeando como si ráfagas de viento me arrastrasen a uno y otro lado de la acera. Llevo las manos cruzadas a la espalda, y mi zancada es larga. Me alcanza una ansiedad indefinida que va acompañada de un abismo mortal y del sereno tedio de

los últimos meses, aunque es un vacío muy optimista. Después de todo, no puedo olvidar que voy hacia el Café Kubista.

Cuando finalmente entro en el local, me sitúo en una de las mesas con ventanas que dan a la calle Ovocny y recuerdo que anoche fui a cenar con un amigo de Praga y, al salir del restaurante, me señaló la casa en la que durante años viviera el poeta Vladimir Holan. No había yo estado nunca en Praga y llevaba en ella sólo dos horas y sentía que no había acabado aún de aterrizar.

Apenas sabía nada de la obra de este poeta, pero me acordé de golpe de que, treinta años antes, había inventado yo dos versos suyos situándolos, a modo de cita, a la entrada de «Nuevas impresiones de Praga», capítulo sexto del libro más eufórico de los que escribí en mi juventud:

Oscura la negritud / del mármol en la nieve.

Al amigo que iba conmigo le hablé de la mínima y rara relación que tenía con Vladimir Holan: dos versos inventados no por capricho sino porque necesitaba una cita que hablara del contraste entre lo blanco y lo negro y no la había encontrado en ningún libro. A medida que caminábamos por el barrio de Malá Strana, iba recordando aquel capítulo sobre Praga de mi antiguo libro y le conté a mi amigo cómo en aquel capítulo, con versos falsos de Holan incluidos, había trasladado a esa ciudad mi pasión de entonces por la *negritud*. Había especulado en mi capítulo con una Praga blanca y nevada en duro y puro contraste con la presencia de la *negritud* en sus calles, bares y cabarets. Me preguntaba por qué lo había

hecho y ni yo mismo sabía explicármelo bien. «Buscaba la discordancia, el contraste antes que nada», concluí, vacilante y casi avergonzado por la simpleza de mi búsqueda. «Blanco y negro», dijo él, hablando también con simpleza, como si quisiera ponerse a mi altura. Tanta simpleza casi hasta inquietaba.

Aunque no lo dije, el blanco y el negro eran a fin de cuentas uno de los simples y eternos dilemas de mi vida. Y es que yo soy simple, así de sencillo. En ajedrez, por ejemplo, siempre he jugado con las negras. Si me proponen las blancas, me esfumo, desaparezco; sin el menor rastro de irritación, me marchó tratando de disimular mi leve estupor. ¡El blanco!

El blanco y el negro han sido siempre uno de mis eternos dilemas. Pero ¿por qué en mis días de juventud había desplazado el dilema a Praga, ciudad en la que, además, nunca había estado? Al llegar al final de la calle Ovocny y ver a lo lejos la terraza nocturna del Café Kubista, decidí hacer la primera fotografía de mi viaje. Capturé con mi cámara la imagen de aquel local situado en la planta baja de una bella casa cubista. Luego, al acercarme más al edificio, ya en la esquina con la calle Celetná, supe que aquel inmueble era conocido como el de la Virgen Negra, porque tenía enrejada a esa oscura virgen en su fachada. La casa era de un estilo checo único de principios del siglo xx, llamado el «cubismo checo», popular entre los arquitectos progresistas de la época. Y en ella se veneraba, expuesta entre rejas en la fachada, a la Virgen Negra de Praga, de madera de ébano procedente de las Cruzadas.

Aquella extravagante combinación entre cubismo y

Virgen Negra me sonaba de algo, pero no sabía qué era. Un rato después, mi amigo me dejó en el Grand Hotel de Bohemia, donde me retiré a dormir. Fue ya en mi cuarto cuando, al pensar distraídamente en la primera y única fotografía que había hecho de la ciudad, tuve una iluminación y recordé de golpe que muchos años antes, en «Nuevas impresiones de Praga», no sólo me había inventado dos versos de Holan, sino que, además, en aquel mismo capítulo había imaginado las luces de un cabaret o antro de la *negritud*, el muy animado Zizkov, que había situado en los sótanos precisamente de la casa de la Virgen Negra. La idea de aquel cabaret había surgido tras leer en una revista un reportaje sobre la casa cubista de la calle Celetná de Praga y otro sobre la *Antología negra* de Blaise Cendrars. De la caprichosa asociación de la Virgen Negra con la *Antología* había salido esa idea de convertir a Praga y su cabaret en el centro mundial de la *negritud*.

Comprendí que en realidad había viajado a Praga para reencontrar los orígenes de la invención del Zizkov y de paso recobrar el espíritu de los años en que escribía cuentos con una ingenuidad muy creativa. Pensé que no convenía ignorar aquella señal y que haber recuperado el recuerdo del Zizkov debía ir acompañado del oportuno gesto de dar por terminado mi libro sobre los exploradores del abismo, el libro de relatos que había estado escribiendo a lo largo del último año y en el que precisamente había regresado a mis orígenes de cuentista.

Sentado ahora junto a la ventana que da a la calle Ovocny, en este cálido interior del Café Kubista, le pongo simbólicamente el punto final al libro. Hay en él historias sobre las diversas formas de relacionarse con la angustia

y también historias sobre la creatividad extrema que puede surgir a veces cuando nos hallamos a un solo paso del abismo y queremos que ese paso nos mantenga vivos, pero *fuera de aquí*. Son relatos que de algún modo podrían calificarse de «cubistas», por el nombre del Café en el que ahora me encuentro, pero también porque a veces comparten con ese movimiento artístico el gusto por ampliar las dimensiones de ciertos espacios y por huir del punto de vista fijo clásico, y permitir que tarde o temprano los cruce la sombra de algún que otro explorador de abismos. Son relatos que a veces se parecen a esos cuadros de Vermeer en los que los interiores pertenecen a Delft pero las ventanas se abren hacia la nada, es decir, hacia la luz.

Mis exploradores son optimistas y sus historias, por lo general, son las de personas corrientes que, al verse bordeando el precipicio fatal, adoptan la posición del expedicionario y sondean en el plausible horizonte, indagando qué puede haber *fuera de aquí*, o en el más allá de nuestros límites. Son personas no especialmente modernas, pues por lo general desdennan el hastío existencial tan en boga, y más bien son gente anticuada y muy activa que mantiene una relación desinhibida y directa con el vacío. En algunos casos ese abismo es el centro del cuento que protagonizan mientras que en otros, bien distintos, el vacío llega a ser sólo un buen pretexto para escribir un cuento.

Estoy seguro de que no habría podido escribir todos esos relatos si previamente, hace un año, no me hubiera transformado en alguien levemente distinto, no me hubiera convertido en *otro*. Justo es decir que el cambio se produjo con una sencillez abrumadora. Un colapso físico,

acompañado de una rápida pérdida de peso, contribuyó a ello. De pronto, tuve la sensación de haber heredado la obra literaria de *otro* y tener ahora tan sólo que gestionar su obra. Desde entonces, soy alguien que necesita de las leves discordancias con el antiguo inquilino de su cuerpo, discrepar con él ligera y sutilmente y, siempre que pueda, a modo de redundancia jocosa, hacerle *perder peso* en sus razonamientos. Pondré algunos ejemplos. A él no le interesaba nada la leyenda del Golem, y a mí me interesa mucho. Él se moría por lo nuevo y, en cambio, para mí el mundo siempre fue viejo. Él parecía haber llegado a un callejón sin salida, a un abismo final y a los límites de la literatura, y yo en cambio, sin tanto dramatismo, me siento ya simplemente *fuera de aquí* y he optado por dar un paso más y asomar mi mirada a otros espacios, convertirme en un explorador de ese famoso abismo que parecía cerrarle toda salida. Si él decía necesitar casi desesperadamente cambios en su vida y en los últimos tiempos escribía obsesivamente sobre la necesidad de cambiar, yo me limité a avanzar hasta el borde del camino y cambiar. Si él era más bien orgulloso, yo teniendo a la modestia, y mis emblemas son: discreción, geometría, elegancia y calma.

Sólo en algo coincidimos. Ninguno de los dos ha olvidado la mañana en que vio a la bella Delia Dumarchey en Delft descender de un coche funerario con su elegante cojera y su ojo de cristal tan legendario. Pero en lo demás hemos pasado a ser ligeramente distintos en todo. Si él antes, por ejemplo, creía que la novela era una práctica irrenunciable, yo soy más flexible y busco la vida que hay en los cuentos.

Convertido en un disidente de mí mismo, desde el

primer momento se hizo evidente que una manera de desmarcarme de mi antiguo inquilino era *volver al cuento*. No había que olvidar que él no tenía pensado regresar a ese género narrativo por considerar que ya lo había practicado suficientemente durante una etapa de su juventud, la del cabaret Zizkov precisamente. En amable discrepancia, decidí mirar hacia atrás y regresar a la sonrisa original de mis cuentos de antaño. Y así lo hice, y volví. Al principio fue como si hubiera resuelto regresar a un ancho bulevar, pero no volviendo exactamente sobre mis pasos, sino doblando a la izquierda y enfilando un callejón oscuro sorprendentemente amplio. Durante meses me dominó la sensación de haber mezclado, en un extraño híbrido, el placer del reencuentro con el incierto dolor del riesgo. Nadie regresa impunemente al cuento.

Mi reencuentro feliz de ayer con este Café Kubista tuvo algo de reconciliación plena con ciertos ritmos del pasado. Ahora, en esta luminosa mañana praguense y mirando hacia la calle Ovocny por la que Kafka, hace exactamente cien años, se dirigía a la calle Celetná y a su trabajo con «los señores del tribunal» en los juzgados, doy por acabado el libro, con el permiso de mi propio tribunal.

El Kubista es seguramente el lugar adecuado para hacerlo y la referencia a Kafka creo que está más que justificada, ya no sólo porque estamos en Praga y el libro parece situarse *fuera de aquí* (tal es su meta), sino porque, además, hasta no hace mucho creía que la condición de exploradores del vacío había sido definida por Kafka en conversación con su amigo Janouch. Pero hará sólo unas semanas descubrí, con cierta sorpresa, que simplemente provenía de un pequeño equívoco, de algo

que había escrito yo mismo en un artículo de una revista, donde había dicho textualmente: «Quiero seguir siendo, como dijo Kafka, “un explorador que avanza hacia el vacío”, y así seguir dándole a mis palabras sentido».

Creía que mis exploradores venían de ahí hasta que, hará unas semanas, encontré casualmente la frase que había atribuido a Kafka y descubrí que no se acercaba a la que él había dicho. La verdadera frase era ésta:

Cuanto más marchan los hombres, tanto más se alejan de la meta. Gastan sus fuerzas en vano. Piensan que andan, pero sólo se precipitan —sin avanzar— hacia el vacío. Eso es todo.

Así que no había ningún explorador en la frase kafkiana, y menos aún *del vacío*. La confusión seguramente se había producido porque el título de ese artículo era «Explorador que avanza», y posiblemente había yo modificado la frase de Kafka a mi antojo para que todo cuadrara con el título del artículo.

Más que precipitarse, mis exploradores se detienen en ciertos umbrales y, antes de despeñarse, se dedican a diseccionar el abismo, a estudiarlo. Tienen en el fondo un sentido festivo de la existencia, y uno juraría que han oído estos versos de Roberto Juarroz que encontramos en su *Poesía vertical*:

*A veces parece
que estamos en el centro de la fiesta
Sin embargo
en el centro de la fiesta no hay nadie
En el centro de la fiesta está el vacío
Pero en el centro del vacío hay otra fiesta.*

Mientras voy hacia esa otra fiesta dejo que mi vida transcurra acompañada de un sereno, apacible tedio. Discreción, geometría, elegancia y calma. Ya no me agito, ya no voy por el lado más bestia de la vida, las estrellas son mapas de abismos exteriores, no tolero la soledad, temo la insidia del tiempo y de la edad, el insomnio, el temblor de los límites. Poco a poco voy conociendo aquel tipo de aburrimiento magnífico del poeta Álvaro de Campos que desde su ventana miraba perplejo el mundo todas las mañanas y decía que su corazón era «un cubo vaciado».

Quién sabe si terminar un libro de cuentos no es como vaciar de golpe un cubo en el Café Kubista. Ver vaciarse todo y conocer su contenido, saber perfectamente de qué se ha llenado todo. Y saberlo en medio de un clima risueño, discreto y geométrico. Un clima en el fondo alegre. Porque mis constantes vitales de esta mañana son el sol que saluda los despertares, el descubrimiento del placer de ser cortés, la revelación algo tardía de que todo es excepcional, el despliegue de gentileza en el trato a las personas, la impresión de vivir en plena tempestad de calma, la satisfacción de haber perdido unos kilos, la gestión de la herencia literaria del antiguo ocupante de mi cuerpo, el abordaje suave de una lógica espartana del trabajo, la creencia de que los gordos son los demás, la utilización de la ironía templada como rasgo de elegancia, de tímida felicidad, en definitiva.

LA MODESTIA

Llevo muchos años ejerciendo de espía casual en el autobús de la línea 24 que sube por la calle Mayor de Gracia, en Barcelona. Tengo en casa un archivo de gestos, frases y conversaciones escuchadas a través del tiempo en ese trayecto de autobús, y hasta creo que podría escribir una novela tan infinita como aquella que quería hacer Joe Gould sobre Nueva York, pues he robado y registrado todo tipo de frases sueltas, conversaciones extrañas, disparatadas situaciones.

Un modesto delincuente, por cierto, parece haberse enamorado últimamente de esta línea de autobús. Le llaman —ya es muy conocido entre algunos pasajeros— «el ladrón del 24». En cuanto sube al autobús, aquellos pasajeros que le conocen advierten a gritos a los incautos: «¡Cuidado, cuidado, que entró el ladrón del 24!».

La escena es siempre conmovedora y tiene grandeza y hasta algo de épica popular, y a mí me recuerda, salvando todas las diferencias, una película que vi de niño en la que la gente de los barrios bajos se movilizaba para

estrechar el cerco de un asesino de niñas. Al ladrón del 24 le han detenido unas quinientas veces ya, pero siempre queda en libertad y regresa al autobús, donde es muy famoso. No parece interesarle una línea distinta, ni otro autobús. Le debe de encantar —como a mí me pasa— sentirse un habitual de esa línea, o tal vez le apasiona simplemente repetirse... Se parece en algo a mí: los dos robamos en esa línea de autobús. Claro que él roba carteras y yo me limito a capturar frases, rostros, gestos...

Tengo reunidas en mi archivo frases de todo tipo oídas, a través del tiempo, en este autobús que me conduce desde hace años del trabajo a casa, y viceversa. Obviamente, hay algunas frases que son mejores trofeos de caza que otras. Una de ellas es la que le oí decir en cierta ocasión a una mujer que iba sentada detrás de mí en la parte trasera del autobús: «Del inglés y del francés me acuerdo, pero el *swahili* lo he olvidado por completo». Me pareció una frase muy sofisticada para decirla en la línea 24. Al volverme, vi que eran dos monjas las que viajaban detrás de mí. Las dos habrían vivido en África y eso seguramente lo explicaba todo, pero la frase sigue pareciéndome bastante sofisticada.

En otra ocasión, también memorable, un joven le dijo de pronto a otro, cuando ya iban a bajar, en voz muy alta, muy enfadado, y todo el autobús se enteró: «Que sea la última vez que te lo digo: mi madre es mi madre. Y tu madre es tu madre. ¿Queda claro? ¿Me has entendido?». Parecía muy grave el problema entre los dos. Me quedaron ganas de bajarme con ellos y averiguar cuál era el drama.

Recuerdo muy especialmente, entre otras muchas

frases oídas y anotadas: «Le regalé unas magnolias y no me lo perdonó nunca». Y esta otra: «La felicidad está en el martirio». Y ésta: «Si ganas dinero antes de los cuarenta años, estás perdido».

Todas están anotadas, con la correspondiente fecha.

Tengo un *dossier* que tumba de espaldas, una información grandiosa sobre el mundo del autobús de la línea 24.

Un día, escuché a una mujer contarle a su marido que la luna no es lo que pensamos: «No es un satélite natural de la Tierra, sino un inmenso planetoide hueco, diseñado por alguna civilización técnicamente muy avanzada, y colocado en órbita alrededor de la Tierra hace muchos siglos». Anoté cuidadosamente todo esto y también lo que le dijo el marido, que tenía cara de idiota (y también esto lo anoté, me refiero a lo de la cara de imbécil): «La luna es la luna y basta».

Bonita frase la del idiota, algunas veces la digo, me gusta decirla:

—La luna es la luna y basta.

Nadie sabe por qué digo eso, nadie sabe que procede de mis escuchas de autobús. La vida en el 24 forma parte de mi archivo más íntimo. Hasta el día de hoy siempre tuve la impresión de que todo lo que ocurría en esa línea me concernía directamente.

El archivo —como mi vida— se ha ido haciendo grande y complejo. Y no es extraño, porque hubo siempre, en ambos campos —autobús y vida—, una gran cantidad de cosas para anotar. Hubo tantos gestos, personas, tantas frases... Sin embargo, hace una semana iba concentrado en mis pensamientos y no espiaba nada. Hay muchos

días, sobre todo últimamente, en los que, no sé por qué, pero descanso de todo esto. Me olvido de que soy un ladrón de frases de autobús. El lunes pasado era uno de esos días. Pero de pronto pasó algo bien imprevisto. Me encontraba de pie en el asfixiante autobús repleto, iba apoyado distraídamente en una de las barras de la plataforma central, cuando una mujer que hablaba por su móvil dijo detrás de mí:

—Voy a bajarme ahora, en la estación de Fontana. Tengo treinta años, pero no sé si los aparento. No soy ni guapa ni fea. Llevo un abrigo gris. Bueno, nos vemos. Hasta ahora.

Viajaba de espaldas a mí, de modo que no le podía ver la cara, a menos que diera dos pasos (imposibles) para ponerme delante de ella, o hiciera un gesto muy forzado con la cabeza pero que, con tanta gente alrededor, habría quedado poco natural. Aquel «no soy ni guapa ni fea» me llegó al alma. Era una frase que había oído mil veces, pero que ahora escuchaba con intensidad diferente. Me dejó completamente preocupado. ¿Se puede realmente ser algo intermedio? ¿Qué podía haber ocurrido en la vida de aquella mujer para que se valorara ella tan poco a sí misma y no tuviera problema en formularlo en voz alta? ¿Le gustaba ser modesta? ¿Lo era simplemente y no había que darle más vueltas a todo aquello? ¿O tal vez no era nadie y ni siquiera llegaba a modesta? Me pareció desazonante que alguien se resignara a tanta grisura. Vista de espaldas, era bajita, vestía totalmente de gris y hasta la negra cabellera parecía que se le estuviera volviendo gris, llevaba una bolsa de Zara que habría resultado un dato para identificarse más útil que aquel «no soy ni guapa ni fea».

Me planteé seguirla cuando se bajara en Fontana y ver con quién se encontraba, entrar de lleno en el comienzo de una novela real. Pero estaba yo llegando demasiado tarde a casa y no tenía tiempo para seguirla por ahí. Por otra parte, jamás en mi vida había seguido a alguien por la calle y no me veía para nada haciéndolo. Tu espacio es el del autobús, pensé. Y eso me ayudó a reprimir mi idea de bajarme.

Pensé también en el libro sobre Gérard de Nerval que estaba leyendo y me vino a la memoria una cita conmovedora: «Yo no he visto jamás a mi madre. Sus retratos se perdieron o fueron robados. Sé solamente que se parecía a un grabado de la época, un grabado de la escuela de Prud'hon o de Fragonard y que podía titularse *La Modestia*».

¿Era aquella mujer, toda vestida de gris, como la madre de Nerval? Pero ¿podía yo saber cómo era la madre de Nerval si ni siquiera éste lo sabía? Podía, en cualquier caso, tratar de ver cómo era la mujer que había hablado por el móvil. Sentía mucha curiosidad por ver si realmente no era ni guapa ni fea. Esperé pacientemente para al menos verle la cara. Cuando el autobús se detuvo en Fontana, la mujer se volvió bruscamente hacia mí y comenzó a abrirse paso hacia la salida. La vi en un perfecto primer plano. Un rostro de ojos rasgados y verdes, muy bello, castigado por la tristeza y la modestia, y diría que por la desesperación. De pronto, nuevamente me llegó la tentación de descender del autobús e ir tras ella, averiguar con quién había quedado.

Descendió del autobús allí en Fontana y me quedé temiendo que en la calle Mayor de Gracia su belleza se

actualizara a cada instante, según el aspecto del rostro de los otros. Me di entonces cuenta de que hasta me sentía algo celoso de ella. Era una mujer gris, de una modestia cautivadora. Me quedé allí como un imbécil, dentro del autobús, viendo cómo, ya en la calle, se perdía entre la multitud que caminaba Mayor de Gracia arriba. Aún me quedó tiempo, mientras el autobús arrancaba, para ver cómo se iba cruzando con todo tipo de transeúntes y posiblemente les ofrecía a cada uno su mejor imagen.

Por la noche, soñé que volvía a casa con el 24 y que un autobús de la misma línea que iba delante del mío —iban en realidad los dos pegados el uno al otro— corría tanto que acababa empostrándose en la estación de metro de Fontana. Instintivamente, al celebrar que me había salvado gracias a ir en el autobús de atrás, miré a ver si la mujer que me acompañaba en silencio también estaba sana y salva. Y lo estaba, era la Modestia en persona, era la mujer vestida de gris que había visto unas horas antes. Allí estaba, conmigo a salvo. Era ella, seguía llevando la bolsa de Zara. Y sus ojos ahora parecían más tristes, rasgados e irresistibles que la primera vez que la vi.

No le quise dar mucha importancia al sueño (aunque yo sabía que seguramente la tenía) y me fui a trabajar. Hace más de veinte años que lo hago en la Fundación Rougemont de Barcelona, donde tengo actualmente un cargo importante. He tenido suerte en la vida, no puedo quejarme. Mi posición económica es óptima y considero que puedo sentirme orgulloso de mi mujer y de mis tres hijos. Los fines de semana los paso con la familia en Sant Hilari Sacalm, donde tenemos nuestra segunda residencia. El coche lo llevo yo siempre —no les dejo que to-

men nunca el volante—, y es que necesito desahogarme conduciendo y, es más, me gusta correr bastante. El automóvil a veces me parece el símbolo de lo que he conseguido.

Soy muy pretencioso, aunque nadie apenas lo nota, porque me reprimo todo lo que puedo. Esa represión es la que me lleva seguramente a correr tanto con mi coche cuando salgo fuera de Barcelona. Y es posible que si corro tanto sea simplemente porque, de algún modo, aunque sea sólo marchando a notable velocidad por la carretera, necesito exteriorizar, sin molestar a nadie, de forma privada, el orgullo que siento por todo lo que he conseguido en la vida. Y no voy a exteriorizarlo precisamente en el autobús, que es siempre para mí, por suerte, un baño de humildad, que me resulta muy útil para no acabar convirtiéndome en el ser más vanidoso de la tierra.

Pero me reprimo, me reprimo mucho. En el ascensor, con los vecinos, por ejemplo. Cuando subo con alguno de ellos, me encantaría poder contarles mis grandezas y que se enteraran de lo bien que me va todo. Dentro de unas semanas van a condecorarme en París por méritos en el trabajo. Pues bien, eso lo llevo bien callado. Y sin embargo me gustaría poder decírselo, gritárselo ahora mismo a todos los vecinos del inmueble. Porque ellos parecen pensar que yo soy un pobre diablo. ¡Claro, me ven bajar del autobús, siempre tan cabizbajo y modesto! «Es muy cómodo porque me deja en la puerta», les explico, pero parecen pensar que lo hago porque ando corto de dinero y sólo gasto en gasolina los fines de semana.

En fin. Tuve ese sueño con el autobús accidentado, tal vez un sueño ligado a mi frustración por no haberme decidido, el día anterior, a seguir por la calle a la mujer de

la ropa gris que, sin saberlo, me había castigado con su tristeza y modestia. Después, en la oficina, no me la podía quitar de la cabeza. Por la tarde, al regresar del trabajo, en el autobús, sucedió algo bien imprevisto. En la parada de Fontana, había un anciano minusválido que esperaba para subir con su silla de ruedas. Y el conductor dispuso inmediatamente los lentos mecanismos de la rampa para que aquel hombre pudiera subir al vehículo. Pero la rampa se encalló, tal vez porque no se utilizaba mucho. Yo, de hecho, jamás había visto subir al 24 a un minusválido. Tras cinco minutos de incertidumbre, tuvimos que bajar todos del autobús porque éste se había averiado. No quedó claro si se había estropeado el vehículo a causa del intento de colocar la rampa o simplemente había sido una coincidencia casual. El hecho es que tuvimos que bajar todos y esperar a que llegara el siguiente autobús. Pensé que la situación guardaba cierto paralelismo con el sueño de la noche anterior, puesto que había también un primer y segundo autobús, y el de delante se había accidentado, y encima todo había pasado precisamente en Fontana.

Fuera como fuese, la avería me devolvió plenamente el recuerdo de la mujer de los ojos rasgados y tristes de la tarde anterior. La busqué, por si estaba por allí. Se me ocurrió imaginar que tal vez ella llevaba un día entero dando vueltas alrededor de la estación de Fontana. No podía evitarlo, la mujer gris me había dejado muy intrigado al definirse como «ni guapa ni fea». Era curioso. Una frase que había yo oído miles de veces y que nunca me había dado que pensar, pues siempre me había parecido normal e intrascendente, me inquietaba ahora y

mucho, toda mi vida de pronto parecía girar alrededor de ella.

La busqué entre la multitud, pero parecía no quedar ni rastro de ella. Lo mismo hice el miércoles y el jueves, sobre todo al pasar por la estación de Fontana. El viernes fui a almorzar con algunos compañeros de la Fundación a un restaurante cercano a las Ramblas. Había mucha gente agolpada alrededor de las llamadas «estatuas vivientes». Triunfaba especialmente una del Che Guevara, pero también despertaban la atención de los turistas todas las demás, una del futbolista Eto'o, otra de don Quijote, una de Evita Perón. Sólo una de ellas no tenía público y era increíblemente discreta. Y es que apenas era perceptible, como si no existiera, su inmovilidad era absoluta. Hasta estuve a punto de tropezar con ella, porque no la vi hasta que la tuve justo delante de mí. Se trataba de la representación de una mendiga —diría que londinense— del siglo XIX, pero algo raro había en ella que hacía que pasara completamente desapercibida a los ojos de los turistas, de los transeúntes en general. Vestía un harapiento traje de pana gris que le llegaba hasta el suelo, donde había una taza metálica, también gris, para las monedas. Es la Modestia, pensé admirado.

Al día siguiente, utilicé la excusa de la lluvia para no salir de fin de semana. Y el domingo por la mañana, es decir, ayer, cuando volvió a salir el sol, llevé a la familia a ver una exposición de Fragonard que hay en un museo de la parte alta de Barcelona. Pensé que podía dar allí con alguna pista para averiguar dónde se encontraba, en caso de existir, *La Modestia*, el grabado de la escuela de Prud'hon o de Fragonard del que hablaba Nerval. Y tam-

bién pensé que aquélla no dejaba de ser una forma de sentirme, de algún modo, cerca de algo relacionado con la mujer gris.

—¿Cuándo te ponen la medalla? —me preguntó mi hijo mayor, cogiéndome por sorpresa.

Tiene ya diecisiete años y aún sigue creyendo en mí, y en ese momento no pude evitar un sentimiento fuerte de orgullo por él y también —¿por qué no confesarlo?— por la medalla que voy a recibir. Luego, casi inmediatamente, sentí vergüenza de mi vanidosa reacción y, para enmendarla, me dediqué a intensificar la búsqueda de alguna pista sobre el grabado y a pensar en personas con tendencia a ser modestas.

En la librería del museo, cuando ya menos lo esperaba, encontré un libro sobre la escuela de Prud'hon, y no dudé en comprarlo inmediatamente. No había allí ninguna imagen del grabado que buscaba, pero vi que era cierto que éste existía y que era de la escuela de Prud'hon (quedaban pues descartados los discípulos de Fragonard) y hallé información suficiente para buscarlo en internet. Por la tarde en casa, con la ayuda de mi hija mayor, encontré en Google una fotografía del grabado. Era una hermosa mujer la Modestia, aquella figura en la que Nerval creía ver a su madre. Creo que me enamoré de aquel retrato del grabado, porque ahora llevo en la cartera la fotocopia que mi hija me hizo de la imagen.

—¿Sabes que fue muy buena la idea de no ir a Sant Hilari? —dijo ayer mi hija pequeña cuando ya la tarde del domingo declinaba y nos sentíamos todos muy felices viendo una gran película en la televisión.

Hoy lunes, en el autobús, al volver del trabajo, he

oído que una mujer le decía a alguien hablando por el móvil:

—No es eso, pero estás muy cerca, casi al lado. Te quiero. Eres lo mejor del mundo.

He creído que se dirigía a mí. Me he vuelto y la decepción ha sido inmensa, no porque no fueran para mí las frases, sino porque aquella mujer no se parecía en nada a la que buscaba y cuya imagen sólo llevaba en la cartera. La mujer hablaba con su novio, y así ha seguido haciéndolo.

—Un bulbul es un ruiseñor persa, pensé que lo sabías.

Ha dicho esto tan raro, pero no he tenido ganas ni de anotarlo. Es triste decirlo, pero me parece que he comenzado ya a perder interés por la caza de frases, interés por el mundo, por casi todo. De un día para otro, estoy ya perdiendo fuelle. Es como si al ancestral cazador que hay en mí le estuvieran comenzando a fallar la curiosidad y las necesarias atención, agilidad y paciencia. Como si ya sólo me quedara un exclusivo interés por volver a cruzarme con ella y poder decirle, no sé, poder decirle mis más modestas verdades: que envejezco, que ya no soy tan buen cazador de frases, que ya no me dicen mucho las medallas, ni el mundo, sólo ella.